

ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ*

SANTA TERESA NOS CUENTA CÓMO LEE LA BIBLIA

Fecha de recepción: noviembre de 2015

Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2016

RESUMEN: El artículo se centra en mostrar, de la mano de las obras de Santa Teresa, su pasión por la Escritura, el vínculo indisoluble que tiene la Palabra de Dios y su propia experiencia. Sus escritos expresan igualmente la fuerza de transformación que encuentra en la Palabra. La Escritura nutre su oración e ilumina su existencia y todas sus experiencias espirituales, y éstas, a su vez, enriquecen la inteligencia de la Escritura. Teresa penetra hondamente el sentido de la Escritura. Su interpretación nace de la experiencia. Es una exégesis existencial, que afirma que la Palabra es viva y operante en la vida. Con las palabras de la Escritura expresa la honda experiencia de Dios que se le va regalando y se adentra cada vez más en los caminos del amor. Siente además la urgencia de comunicar la verdad de su experiencia y anima a otros a beber en el pozo de la Escritura, porque en él se encontrarán con Cristo.

PALABRAS CLAVE: Santa Teresa, Sagrada Escritura, meditación y contemplación de la Palabra de Dios, acompañamiento espiritual, itinerario espiritual, personajes bíblicos, Mística y Biblia.

* Profesora de Sagrada Escritura. Universidad Pontificia Comillas de Madrid; eestevez@comillas.edu.

Santa Teresa tells us how she reads the bible

ABSTRACT: The aim of this article is to show, with the help of the works of St. Teresa, her passion for the Scripture, the indissoluble link there is between the Word of God and her own experience. Her writings express equally the power of the Word of God in her life. Scripture nourishes her prayer and illuminates her existence and all her spiritual experiences, and these, in turn, enrich the intelligence of the Word. Teresa deeply penetrates the sense of Scripture. Her interpretation is born of experience. It is an existential exegesis, which states that the Word is alive and active in life. With the words of Scripture, Teresa expresses her own deep experience of God and with the Scripture she enters profoundly in the ways of love. She feels too the urgency to communicate the truth of her experience and she encourages others to drink at the well of Scripture, because in it they will meet Christ.

KEY WORDS: Saint Teresa, Sacred Scripture, meditation and contemplation of the God's Word, spiritual accompaniment, spiritual journey, Biblical characters, Mystical experience and Bible.

INTRODUCCIÓN

Al adentrarnos en esta nueva conversación con Teresa de Jesús me he preguntado antes de nada cómo le sonaría a ella el título de este artículo: «Santa Teresa nos cuenta como lee la Biblia». Y me ha parecido que quizá se hubiera sonreído y nos habría corregido con su lúcida ironía, porque la Escritura para ella es más que una lectura, una información, o una palabra que escucha en la liturgia, o en la explicación de un buen letrado. La Escritura es lugar de encuentro con Aquel a quien ama y por quien se siente inmensamente amada, un encuentro dialogal y comunitario, del que sale transformada y enviada a comunicarlo, porque ha quedado inscrito en sus entrañas (cf. C 6,4).

La conversación con Teresa nos adentra, no en el mundo del conocimiento teórico de la Biblia, sino en el de la experiencia, en el mundo vivencial del amor, «piedra clave de la obra entera de la Santa y auténtica fuente de su experiencia mística»¹. «Así lo he visto» (V 40,2), «que es otro negocio que solo pensarlo y creerlo» (C 6,3), dirá Teresa, afirmando así su autoridad. Teresa nutre su experiencia del amor de Dios manifestado

¹ Cf. J. A. MARCOS, *Mística y subversiva: Teresa de Jesús. Las estrategias retóricas del discurso místico*, Madrid 2001, 26.

en Cristo en la Escritura, es decir, en palabras que «dícelas el amor» y en la Eucaristía (cf. MC 1,12).

Esta conversación nos abre, por tanto, a su historia de amor con Dios, a su conocimiento experiencial de Jesucristo, y a su trayectoria espiritual hasta llegar a ser una en Cristo. Al saborear y gustar la Palabra, Teresa *goza las riquezas del Señor* (cf. CE 31,5), se adentra en Cristo y consiente «andar en verdad delante de la misma Verdad» (V 40,3), dejándose nutrir, confrontar y guiar por esta Verdad que se desvela en cada pasaje, y determinándose a *cumplir con todas sus fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina* (cf. V 40,2). En las palabras se le hace presente la Palabra, en las distintas referencias bíblicas resuena para ella el Verbo encarnado, Cristo. Está convencida, en palabras de San Jerónimo, de que «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo»², y que «todo el daño que viene al mundo es no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad» (V 40,1).

El objetivo de este artículo se centrará en mostrar, de la mano de sus obras, la pasión de Teresa por la Escritura; el vínculo indisoluble que tiene en ella la Palabra de Dios y su propia experiencia; la importancia central de la Biblia en su labor mistagógica; y la fuerza de transformación que encuentra en la Palabra hasta llegar a ser una con Cristo.

1. PASIÓN POR LA ESCRITURA, PASIÓN POR CRISTO

La Sagrada Escritura está abundantemente presente a lo largo de toda la obra de Teresa. Inunda todos sus escritos, con innumerables referencias explícitas o implícitas, numerosos símbolos y personajes bíblicos, asonancias, paralelismos, estructuras. Descubrimos así cuanto desea saciar su sed de Dios en ella y cuánto amor profesa a la Palabra³. Puede decirse sin temor a equivocarse que «el influjo bíblico en la obra teresiana no es periférico, sino hondamente sustancial», y es «el soporte más fundamental de todas sus obras», un fundamento claramente vital y

² Cf. DV 25; cf. San Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, Prólogo: PL 24, 17.

³ M. HERRÁIZ, *Biblia y espiritualidad teresiana*: RevBib 44 (1982) 133. S. CASTRO, *Configuración bíblica del relato teresiano (elementos centrales)*: EstBib 66 (2008) 217-218 dirá: «No sabemos si por su ascendencia judía o por qué, experimentó por la Biblia una pasión irresistible».

no erudito, ni científico.⁴ Secundino Castro afirma con convicción –y así ha tratado de demostrarlo– que los textos bíblicos son en realidad «trabazones de un conjunto, como trama que sustenta, trasvasa y penetra la realidad teresiana», más allá de las citas explícitas o implícitas; son «fuentes, raíces y savia» de la mística teresiana, que quedan reflejados incluso más allá de que la autora tuviera conciencia de ello⁵. Así, *Camino de perfección* es, en opinión de algunos de sus contemporáneos como «Sagrada Escritura», como cuenta Teresa con gran alegría en una carta a Diego de Yepes: «Algunos hombres graves dicen que parece Sagrada Escritura»⁶.

Teresa se siente profundamente atraída por la Escritura y acude a ella con gusto constantemente, especialmente a los evangelios: «Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los Evangelios que libros muy concertados» (C 21,4). Los evangelios le proporcionan esas palabras del Señor que ella estima más que nada (V 37,4) y que nutren su meditación y contemplación, que ponen palabra a sus experiencias espirituales, que se entrelazan con cuanto vive y la ayudan a comunicarlo. Algunos pasajes le serán especialmente relevantes y volverá a ellos en muchas ocasiones, como el de la Samaritana (V 30,19: «muy aficionada a aquel evangelio»).

Va a la Escritura porque siente una sed profunda de Dios, de llenarse de su amor y su verdad; siente un gran deseo de configurarse con Cristo, tanto como para decir: «Bendito sea el que nos convida que vamos a beber en su Evangelio!» (CE 31,5). «Beber en su evangelio» es saciarse del agua viva que Cristo da a todos («Mirad que el Señor convida a todos; como es la verdad, no hay que dudar», CE 32,7). Al recibir la Palabra, Teresa se adentra en la contemplación, es decir, siente la presencia viva de Cristo en ella (C 28,10). Al acoger la Palabra, recibe el agua viva que es Cristo mismo; vive una auténtica experiencia creyente (*conoce* más y más a Jesús, *asiente* a lo que él es, a sus acciones y sus palabras, *consiente* al amor con que es provocada).

⁴ S. CASTRO, *Cristología teresiana*, Madrid 20092, 291.

⁵ S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*, Madrid 2012, 9-10.

⁶ S. CASTRO, *¿Es «Camino de Perfección» un evangelio?:* RevEspir 70 (2011) 465, comenta: «Efectivamente, no solo parece Sagrada Escritura, es que es un pequeño Evangelio; porque su centro es Jesús (CV 26), del que se sacia el alma como el que bebe de una fuente (CV 42,5)».

Acude a la Escritura con el deseo de aprender de tan *buen maestro*: «aprendamos lo que nos enseña (refiriéndose al Padrenuestro)» (C 27,5), y asimila de tal modo sus enseñanzas que las va expresando de manera natural en cuanto escribe. La Escritura se entrelaza con sus experiencias místicas. Por *un lado*, la revelación bíblica le proporciona palabra a lo que experimenta por gracia; es su fuente y, además, su mejor medio para transmitir la unión con Dios que se le regala, y por *otro*, sus experiencias místicas son la luz que ilumina el sentido espiritual de la Palabra de Dios⁷. En su relación con la Escritura descubrimos a una mujer que no se entiende a sí misma sino referida por completo a Cristo, y desde él y con él, a los hermanos y al mundo.

Las palabras de la Escritura la «recogen» (C 21,4), es decir, la ayudan a interiorizar y a encontrar dentro de sí a Jesús para escucharlo, contemplarlo, obedecerlo y seguirlo, para tratar de amistad con quien sabe la ama. A través de ellas, comparte sus vivencias, reflexiones, consideraciones, y su contemplación, nunca desconectada de la realidad que vive.

Su conocimiento bíblico no es exhaustivo y no tiene formación exegética, aunque recurra muchas veces a los letrados que le aseguran en la verdad de la Escritura. Refiriéndose al *Cantar de los cantares*, y convencida de que sus palabras contienen «grandes cosas» y «misterios», acude a ellos con confianza: «me han dicho letrados (rogándoles yo me declaren lo que quiere decir el Espíritu Santo y el verdadero sentido de ellos)» (MC 1,8). Pero, sobre todo, Teresa penetra hondamente el sentido de la Escritura, descubre su sentido más profundo, porque Dios mismo se lo revela, y de manera singular a través del «fenómeno místico de las *hablas*»⁸. Y aunque no comprenda apenas nada del texto, porque está en latín o porque no entiende «lo que el romance quiere decir» (V 15,8; MC 1,2), Dios se lo comunica directamente. De ahí que sienta la certeza de «*atinar* a la verdad», o como matizará un poco más adelante, «o su Majestad por mí quizá» (MC 1,8).

Su interpretación no es, por tanto, del tipo de la que hacen los letrados («aplicar Escrituras», V 15,7). No es un ejercicio de erudición, sino una «exégesis existencial», nacida de la experiencia, en estrecha relación dialogal con la vida. Se deja confirmar, contrastar, discernir y conducir en todas sus experiencias por la Palabra de Dios. La Escritura

⁷ S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra*, 119.

⁸ M. HERRÁIZ, *La Palabra de Dios en la vida y pensamiento teresianos*: TeolEsp 23 (1979) 38.

estructura, va dando forma y poniendo palabra a su experiencia de Dios, a su maduración en Cristo, a la transformación existencial y espiritual que se da en ella. A medida que avanza en la vida mística, el recurso a la Escritura aumentará⁹. Por ejemplo, en sus *Meditaciones sobre los Cantares*, Teresa se servirá de esta obra bíblica para expresar lo que siente quien entra en oración de quietud, en la que «a manera de un gran olor» se entra en el alma el amor suavísimo de Dios, «y es con gran suavidad, y la contenta y satisface y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien. Querría no perderle, querría no menearse, ni hablar, ni aún mirar, porque no se le fuese. Y esto es lo que dice aquí la esposa a mi propósito, que dan de sí los pechos del Esposo olor más que los ungüentos muy buenos» (MC 4,2).

2. ADENTRARSE EN LOS MISTERIOS DE LA ESCRITURA POR LOS CAMINOS DEL AMOR

Teresa tiene conciencia de leer «Escritura divina» (V 40,2), Palabra de Dios, Palabra pronunciada por el Espíritu Santo y que encierra «grandes misterios» (MC 1, 4.8.13; 3,14); palabras, como las de los evangelios, que «salieron por aquella sacratísima boca así como las decía» (CE 35,4; cf. CE 31,2). Por eso está convencida de que contienen «la verdad que Dios ha querido consignar para nuestra salvación» (DV 11). Su lectura y comprensión de la Biblia se apoya, por tanto, en el mismo Espíritu que hizo nacer la Escritura, sacando de ella alimento, instrucción y orientación espiritual válida para los creyentes de todos los tiempos. El mismo Espíritu Santo, que habla en la Escritura, asiste a Teresa en su manera de entenderlos y explicarlos.

A través de toda su obra descubrimos la invitación constante a entender en profundidad la Escritura, a ir más allá *–no tomando solo la letra del texto* (MC 1,12)–, es decir, a reconocer en ella una verdad revelada por Dios, a escuchar al Maestro que en ella habla, y a seguirle con todo el amor. La suya es una lectura espiritual y sapiencial. En el encuentro con la Palabra hace experiencia de sentirse habitada, de recibirse de Dios, y

⁹ En las quintas y sextas moradas, «se encuentran los textos bíblicos más hondamente experimentados, junto con el de la Verdad de la Biblia del capítulo 40 de la Vida, y que mejor configuran su espiritualidad». R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, Madrid 2007, 153.

por tanto, de arraigo y crecimiento en el amor y la confianza, con capacidad para desplegar todo su dinamismo creyente y amante, y generar una esperanza con capacidad de trascender los horizontes penúltimos y de abrirse al amor sin medida de Dios. Al acoger la Palabra en la oración, en la liturgia y en la eucaristía, Teresa posibilita la realización de la fe, la esperanza y la caridad en el entramado concreto de su vida.

Teresa invita a descubrir los grandes secretos que hay en las palabras de la Escritura «sintiéndolas», es decir, «experimentándolas», porque es el único modo de entenderlas (MC 4,1). Las palabras de la Escritura *las dice el amor* y solo desde ahí pueden llegar a comprenderse y *ejercitarse en ellas*; de la misma manera que solo una fe viva abre al misterio del Amor de Cristo en la Eucaristía (MC 1,11). Para Teresa el conocimiento experiencial de la Escritura nutre su vida, como la de Jesús mismo (cf. Mt 4,4). Es, en palabras de San Jerónimo¹⁰, «verdadera comida y verdadera bebida», como lo es la Eucaristía. La Escritura es experiencia de amor y descubre cuánto se abaja Dios para acercarle su Palabra, de modo que pueda comprender cuánto ama a todos. Por ello, no se trata tanto de leer cuanto de vivir en comunión con las Escrituras. Esas palabras son una *muestra del amor*, «los regalos con que tratáis con las almas»; «requiebros», «suavidades» que provocan a quien las escucha a deshacerse en Dios (MC 3,14).

Para ella, solo en el contexto de la fe y de una vivencia de amor, la Palabra de Dios será luz y alimento, fecundará el entendimiento, avivará la voluntad para el amor y el seguimiento de Cristo en estrecha conexión con la realidad. De otro modo, esas palabras se olvidarán «y perderán toda su eficacia– fruto de «la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras» (E 8; cf. Rom 11,33). Más aún, las palabras de la Escritura la llevan a «contemplación perfecta», como expresa con certeza a propósito del Padrenuestro: «Es posible que rezando el Padrenuestro, si lo rezáis bien, os ponga Dios en contemplación perfecta; por esta vía muestra al que le habla que le está oyendo, y le habla Su Majestad, suspendiéndole el entendimiento, y atajándole el pensamiento y tomándole –como se dice– la palabra de la boca; tanto que, aunque quiera hablar, no puede hacerlo sin dificultad» (CE 41,1).

A quienes no aman a Dios, expresará con convencimiento, éste les encubre sus secretos (V 40,1; MC 1,5). «Mal experimentados en amaros a

¹⁰ San Jerónimo, *Commentarius in Ecclesiasten*, 3: PL 23, 1092 A.

Vos de mal ejercitarnos en esto», dirá, «vanse los pensamientos adonde están siempre y dejan de pensar los grandes misterios que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo» (MC 1,4). La Palabra se abre y es eficaz para quienes se disponen a ello y se desvían de todo lo que puede embarazar esa luz (7M 2,8).

Puesto que el amor es la clave para comprender la Biblia, Teresa invita a no forzar ni gastar el pensamiento: «cuando leyereis algún libro y oyereis sermón o pensareis en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiereis entender no os canséis ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo». Los misterios de la Palabra se descubren «cuando el Señor quiere darlo a entender», y «lo hace sin trabajo nuestro» (MC 1,2). Dios muestra su amor y comunica su Verdad a quien le ama y se entrega a él con determinación. En la reciprocidad de amor, Dios comunica sus secretos.

Para Teresa la lectura de la Escritura es oración. Ora la Palabra y con la Palabra. Con ella entra en diálogo de amor con Cristo, le conoce y presta oído a Jesús, a lo que dice y hace, y se siente movida a responderle con amor y con obras que lo acreditan. El Espíritu le abre el oído y ella no se resiste a su llamada (cf. Is 50,5). Se siente enviada a la vida, haciendo carne de su carne el envío de Cristo en la Palabra que medita, considera, representa y contempla. El Maestro es siempre la luz que abre la inteligencia y ayuda a comprender, quien pone deseos de seguirle e identificarse con él, viviendo, pensando y haciendo todas las cosas que le son agradables.

A medida que va adentrándose en los caminos de la vida mística, Teresa sentirá mayor deseo, necesidad y urgencia de adentrarse en la Escritura para beber en ella la Verdad, que no es otra que Cristo, y hacia la que todo su ser se vuelve vinculándose a él por amor. La Escritura será la luz que iluminará y discernirá todo su camino de vida en el Espíritu. Será el criterio por excelencia de la autenticidad de la experiencia mística: «que vaya conforme a la Escritura» (V 25,13)¹¹.

Y, por otra parte, el acceso de Teresa a la Palabra es místico. Dios mismo le revela su Palabra.¹² Se le descubrirán palabras que le ayudan a decir y explicar cuanto vive en las distintas etapas de su vida espiritual¹³. Al adentrarse cada vez más en Dios, se le desvela el sentido más hondo de la Escritura, y consiguientemente las sendas del seguimiento y la

¹¹ Cf. 6M 3,4; V 32,17; V 25,13; CC 4; CC 53,9.

¹² Cf. M. HERRÁIZ, *Biblia y espiritualidad teresiana*, 139.

¹³ Cf. M. HERRÁIZ, *La Palabra de Dios en la vida*, 17-53.

auténtica plenitud que está invitada a vivir. El amor que crece en ella, fruto de la gracia, le desvela las Escrituras, es decir, le revela a Cristo. Toda su vida se orienta por completo hacia Cristo, su única Verdad («llegarnos más a Dios», V 40,3), y en la Biblia encontrará siempre las verdades que *gusta* y por las que se guiará.

3. AMAR LA VERDAD AHONDANDO EN LAS VERDADES DE LA ESCRITURA

Un hito importantísimo en su relación con Dios y con la Escritura lo marca una visión mística en la que se le descubre que Dios es la Verdad, principio, fundamento y cumplimiento de todas las demás verdades («Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad», V 40,3)¹⁴. A partir de ese momento Teresa no deseará otra cosa que «andar en verdad» (6M 10,7). Toda su vida se orienta por completo hacia Dios, su única Verdad («llegarnos más a Dios», V 40,3), dejando atrás todo lo que es mentira, «lo que yo no veo guiado al servicio de Dios» (V 40,2).

Esta experiencia mística cambia de raíz su relación con la Escritura. En esa visión entiende que la Verdad se encuentra en la Escritura. Ese Dios Verdad que se desvela en las verdades de la Escritura se le *imprimirá* de tal manera que no podrá sino vivir buscando lo que es agradable a Dios, es decir, aquello que está revelado en la Escritura. Teresa queda con un único deseo y con grandísima fortaleza: «cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina» (V 40,2). Nada de lo que sienta, experimente, piense o actúe podrá estar al margen de la Palabra, porque eso significará que está al margen del amor de Dios y de su Verdad. Le crecerá el deseo de adentrarse en el conocimiento de la Escritura, de acoger y obedecer lo que en ella se dice, segura como está de que Dios la sale al encuentro en ella y solo así podrá caminar «en verdad delante de la misma Verdad» (V 40,3).

La Escritura será la luz para vivir en Verdad, es decir, para vivir completamente unida a él. Será la que ilumine, discierna y juzgue su proceso vital hasta conformarse con Cristo. En ese camino hacia la unión con

¹⁴ Véase la explicación de esta experiencia mística en: M. HERRAÍZ, *La Palabra de Dios en la vida*, 22-25; Id., *Biblia y espiritualidad teresiana*, 144-145.

Dios, la Escritura la ha asegurado de tal manera que entendía iba bien guiada su alma: «Y sé de alguna que estuvo hartos años con muchos temores, y no hubo cosa que la haya asegurado, sino que fue el Señor servido oyese algunas cosas de los Cánticos, y en ellas entendió ir bien guiada su alma» (MC 1,6). Las palabras del *Cantar* le ayudaron a conocer y comprender «que es posible pasar el alma enamorada por su Esposo todos esos regalos y desmayos y muertes y aflicciones y deleites y gozos con El, después que ha dejado todos los del mundo por su amor y está del todo puesta y dejada en sus manos. Esto no de palabra –como acaece en algunos–, sino con toda verdad, confirmada por obras» (MC 1,6).

3.1. «LO QUE EL SEÑOR ME DA A ENTENDER» (MC PROL. 3)

Dios será su Maestro, quien «le da a entender» las palabras de la Escritura y el sentido que tienen (MC prol. 2 y 3; 1,8). A medida que avanza en la experiencia mística, en su unión con Dios, Teresa se verá «enseñada en grandes verdades sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe y puede hacer» (MC 4,4), y comprenderá más y más los misterios de la Escritura. No se adentra en la Biblia con la luz que procede solo de la inteligencia, sino por connaturalidad. Es decir, Teresa *gusta* la Palabra porque se vive en comunión con Dios. Y lo que el Señor le desvela de la Palabra la lleva a la vida concreta y real que está viviendo.

Cuando ya Teresa goza «de otra manera» (V 27,2) de la presencia de Cristo en ella, independientemente de su actuación, y siente con total claridad y certeza que la figura del Señor está grabada en su alma (V 40,5), es consciente de que su manera de entender cambia radicalmente: «sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender» (V 19,2). En las visiones (intelectuales e imaginarias) y hablas «hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice»... «parece tiene el alma otros oídos con que oye»... «la hace escuchar y que no se divierta»... «todo lo halla guisado y comido; no hay más que hacer de gozar, como uno que sin deprender ni haber trabajado nada para saber leer ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el abecé» (V 27,8). A veces, estando en visión intelectual, llega a entender palabras de la Escritura, como le sucedió cuando se le desveló el sentido de «aquellas palabras de

los Cantares que dice: *Veniat dilectus meus in hortum suum et comedat*» (CC 21 cf. Cant 5,1) y que ella entiende referidas al alma que está en gracia.

De ahí que se mueva con gran libertad para interpretar la Escritura, segura de que Dios le habla en ella. Así la escuchamos en sus consideraciones sobre el *Cantar*: «y si no fuere a propósito de lo que quiere decir, tómololo yo a mi propósito; que no saliendo de lo que tiene la Iglesia y los santos licencia nos da el Señor...» (MC 1,8). Una libertad de interpretación que vive en comunión con la Iglesia y en el seno de su tradición espiritual de lectura de la Escritura. Una libertad que nace de la certeza de que el Señor está en ella y le comunica su Verdad, tanto como para que pueda afirmar después de su primera visión: «se ve el alma en un punto sabia que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas» (V 27,9).

Esta certeza interior la lleva a discutir interpretaciones de la Escritura que no comparte: «Estando... pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: «Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad». Parecíame a mí que, pues San Pablo dice del encerramiento de las mujeres –que me han dicho poco ha y aun antes lo había oído–, que ésta sería la voluntad de Dios. Díjome: «Diles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos» (CC 16^a = 19).

3.2. ¡OH SEÑOR DIOS MÍO, Y CÓMO TENÉIS PALABRAS DE VIDA! (E 8,1)

La Escritura es también para Teresa palabra de Vida. Está convencida de que tiene algo que decir en cada circunstancia y situación existencial, como cuando estando enferma las palabras de Job la ayudaron a cultivar la paciencia en medio del sufrimiento de ese momento (V 5,8). Toda su obra refleja cómo se apropia de los textos bíblicos, los interioriza y hace suyos actualizándolos constantemente. Busca iluminar y contrastar con la Palabra su existencia. En sus escritos regala la certeza personal de que la Palabra está viva y operante en ella en la cotidianidad concreta; ofrece la certeza de que la Palabra de Dios es eficaz en el clarooscuro de la existencia, y la verdadera protagonista y artífice de la liberación-salvación, que discierne la vida y la va guiando hacia Dios: *ponía esfuerzo* en ella, la ayuda a vivir con paciencia la enfermedad, la dan consuelo en las dificultades, la aprovechan mucho.

Teresa recuerda y hace presentes determinados pasajes bíblicos –algunos repetidamente– a la luz de los acontecimientos que vive y los aplica a las distintas situaciones por las que atraviesa ella misma o sus monjas, o también a circunstancias del momento histórico y eclesial. En ocasiones dirá, por ejemplo, «lo veo al pie de la letra en mí» [V 20,10 (cf. Sal 101,8); 29,11 (cf. Sal 42,1)].

También los personajes bíblicos serán iconos donde hallará enseñanzas, actitudes, y disposiciones necesarias en su camino de discipulado. Teresa inserta su propia experiencia en el personaje bíblico. A través de lo que él ha vivido, dicho o actuado, explica lo que ella está viviendo, o bien, otras personas¹⁵.

Por ejemplo, en los primeros capítulos de Vida, hace una pausa y pasa a dialogar con el Señor haciendo suyas las palabras de Pablo: «escribiendo esto estoy y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podría decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfección, que no vivo yo ya sino que Vos, Criador mío, vivís en mí (Gal 2,20), según ha algunos años que, a lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano y me veo con deseos y determinaciones y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas, de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas a Vuestra Majestad sin entenderlo» (V 6,9; CC 3,10). En otras se identificará con Pedro cuando dijo «Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo» (Mt 16,16), porque así siente que está Dios vivo en su alma (CC 41,1).

Con la samaritana se siente identificada pidiendo de beber a Cristo (V 30,19), con la esposa del *Cantar* que busca al esposo por barrios y plazas (MC 3,2; 6M 4,10; cf. 6M 7,9). Pero quizá es María Magdalena el personaje con quien más se ve retratada y de quien era muy devota, según sus propias palabras (V 9,2). Como ella, Teresa se ha visto gran pecadora y, como ella, también ha recibido el regalo de la más profunda unión de amor con Cristo: «Si no mirad un San Pablo, una Magdalena; en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor: éste fue San Pablo. La Magdalena desde el primer día y ¡cuán bien entendido!» (C 40,3)¹⁶. La relación de Jesús con la Magdalena defendiéndola de persecuciones y murmuraciones, la fortalece en la confianza de que así hará con ella y con sus hermanas, a quienes invita a decir siempre que sí al

¹⁵ Cf. R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, 126.

¹⁶ Un censor tachó del autógrafo esas palabras. Cf. R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, 131.

Señor sea en las circunstancias que sean (6M 11,12). Y así otros muchos personajes (Marta y María, Jacob, Raquel y Lía, Saúl, el publicano), con quienes se identificará según las circunstancias que esté viviendo o a quienes tomará de ejemplo según lo que quiera transmitir en relación a la vida en el Espíritu.

La narración entera de su vida no es otra cosa que mostrar hasta qué punto la misericordia del Señor ha estado grande con ella, y la ha transformado. Y las palabras, los personajes, los símbolos, las imágenes bíblicas que hace suyas, le sirven para darse a entender en todo lo que está viviendo y para explicar cómo ha de ser el itinerario espiritual hasta llegar al centro del Castillo, afrontando dificultades, venciendo temores, guiándose por el sendero recto, cobrando ánimo, obrando con caridad, etc.

3.3. EL RECUERDO COMO ACTUALIZACIÓN DE LA PALABRA

Teresa hace referencia con frecuencia al recuerdo de los pasajes bíblicos o de las palabras que recibe directamente de Dios: «me acordaba», «traía a la memoria». El recuerdo tiene la función de actualizar la Palabra en la vida de Teresa («cuántas veces me acuerdo de aquel verso que me parece lo veo al pie de la letra en mí», V 29,11; cf. V 20,10), de afianzarla en las actitudes y vivencias que el Señor la va poniendo y que comunica a sus oyentes, y que son vitales para su vida de seguimiento. Más aún, la memoria aviva la presencia de aquel de quien es la Palabra: «nunca Dios quiera que no nos acordemos de él muchas veces cuando decimos la oración [el Padrenuestro], aunque por ser flacos no sean todas» (C 24,3).

La lectura sapiencial de la palabra ilumina las distintas situaciones de la existencia. Ella misma confiesa que en alguna ocasión, y sintiendo fuerte «la pena de ausencia de Dios», se pregunta con el Sal 42,2: «¿Dónde está tu Dios?» (V 20,11). Después que lo entendía, dirá en ese momento, «me consolaba que me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo». En las terceras moradas, insistiendo en la necesidad de estar atentas para no volver atrás y para adentrarse más en el amor al Señor, exhorta a traer a la memoria un verso del Sal 111,1: «*Beatus vir, qui timet Dominum*» (3M 1,4). Esto dicho de este pasaje, puede aplicarse a todos los pasajes de la Escritura¹⁷. Este mismo pasaje volverá a su memoria cuando advierte en las séptimas moradas (matrimonio

¹⁷ R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, 83.

espiritual), de no creer que llegando aquí no se cometen imperfecciones y aún pecados (veniales): «y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más, porque bienaventurado el varón que teme a Dios, dice David» (7M 4,3).

El recuerdo-actualización seguirá presente también en la etapa de sus experiencias místicas (V 20,11; 29,11; 6M 10,5; 7M 2,7; V 13,3; CC 41,1; 6M 3,9, etc.). El Señor le avivará la memoria de algún pasaje bíblico («me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo yo»; V 20,1; 29,11; 7M 3,13; F 17,6). De manera particular, las locuciones de Dios permanecen en la memoria mucho tiempo, y algunas no se van jamás (6M 3,7). Más aún, cada vez que se le repite alguna situación semejante en la que se le regaló esa locución divina, Teresa dirá que «acordánsele [esa habla], queda animada y consolada» (6M 5,6).

Hacer memoria, en el más profundo sentido bíblico, es hacer realidad de nuevo. Al hacer presente de nuevo lo escuchado, renueva la relación con Dios, la fortalece y la actualiza. Al traerlo otra vez al corazón, Teresa vive el aquí y ahora con la intensidad que brota de la alianza de amor con Dios. En las locuciones divinas descubre a quien tanto la ama y eso la lleva a recordar una y otra vez sus palabras, quedando convidada a amar una vez más (cf. V 10,5).

4. PALABRAS QUE DIOS LE DIRIGE EN PERSONA

La eficacia de la palabra de Dios en la vida de Teresa –de la que acabamos de hablar– se deja sentir de manera muy singular en las *hablas*, es decir, en aquellas locuciones cortas y cargadas de sentido que recibe personalmente de Cristo¹⁸, y que están tomadas mayormente de la Escritura o tienen un innegable trasfondo y sabor bíblicos (palabras de Jesús a los apóstoles, de Dios a los profetas o de los salmos)¹⁹. Detrás de las locuciones, que le advienen de improviso y sin que ella las traiga,

¹⁸ También oyó palabras de la Trinidad (7M 1,7), del Padre (CC 22,3), de la Virgen (V 33,14) y de algún santo (V 36,20). En estos casos lo dirá expresamente». S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra*, 71-72.

¹⁹ «Las hablas interiores no se han quitado, que cuando es menester, me da nuestro Señor algunos avisos, y aun ahora en Palencia se hubiera hecho un buen borrón, aunque no de pecado, si no fuera por esto» (CC 66,4). Comenzaron con su conversión definitiva (V 24) y no cesaron hasta el final de su vida.

late la prolongada meditación sobre la Escritura que Teresa ha cultivado y que ha ido interiorizando y personalizando. La primera vez que le acontecen estaba rezando las Horas y al llegar «al verso que dice: *Iustus es, Domine*, y tus juicios; comencé a pensar cuán gran verdad era» sintiendo devoción y luego escuchando una palabra en la que pareciera resonar la respuesta de Pedro a Jesús cuando le pregunta por el destino del discípulo amado. Aquí Teresa se está preguntando cómo es posible que a ella le hacía tantos regalos y mercedes siendo la que era y a otras «muy vuestras siervas», no. El señor la responde: «Sírvenme tú a Mí, y no te metas en eso» (V 19,9)²⁰.

Las locuciones se le regalan y le sobrevienen para darle a entender sus propias experiencias espirituales o apostólicas, o dimensiones del misterio de Dios²¹; aunque el entenderlas «no era cuando ella quería, sino a deshora, cuando era menester» (6M 8,3). Criterios de discernimiento: que sean «conforme a la Escritura» (6M 3,4) y «conforme a lo que tiene la Iglesia» (V 25,12). Se reconocen también por los efectos buenos (V 25,10) y por ser operativas («son palabras y obras», V 25,3).

Son experiencias místicas («palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndense muy más claro que si se oyesen», V 25,1²²) que reconoce en lo más profundo de sí misma («muy en el espíritu» (V 24,7), «en lo íntimo del alma», «en secreto» (6M 3,13; 8,3; V 25,16). Palabras en que Dios la enseña «en un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender» (V 27,6). En este fenómeno místico Dios sigue revelándose. Desentraña la Palabra ya dicha y consignada en la Escritura, en el aquí y ahora de Teresa. Como a los discípulos de Emaús se le desvela el sentido profundo y actual de su Palabra, dicha desde antiguo. *Dios sigue conversando* con Teresa y le muestra cómo su Palabra es una *realidad viviente* y actual, abriéndola a la profundidad de su sentido en la realidad concreta que está viviendo. La Palabra ilumina su existencia y todas sus experiencias espirituales, y éstas, a su vez,

²⁰ Según S. CASTRO, *Cristología teresiana*, 65, «podemos afirmar que la serie de hablas o locuciones teresianas no se abre con ésta, que escuchó Teresa por primera vez, sino con la siguiente, en la que entendió «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles» (V 24,7).

²¹ Cf. T. DE LA CRUZ, *Santa Teresa de Jesús contemplativa*: EphCarm 13 (1962) 34; M. HERRÁIZ, *La Palabra de Dios en la vida*, 27. Para la actualización, véase A. MAS, *Acercar el cielo. Itinerario espiritual con Teresa de Jesús*, Santander 2004, 185-86.

²² «Oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo», V 39,3.

enriquecen la inteligencia de la Escritura²³. Pero, además, se presenta ante quienes la escuchan con la autoridad o la aprobación de Dios mismo, y nadie podrá atacarla. En las hablas, Teresa atribuye a Dios ciertas palabras, más aún se podría decir que se las apropia²⁴.

4.1. UNA PALABRA QUE ES «HABLANDO Y OBRANDO»

Las locuciones divinas son palabras que comunican aliento, ponen en el camino del seguimiento, discernen y ayudan a vivir y actuar de acuerdo con el deseo de Dios²⁵, ponen determinación y dan ánimo. Por ejemplo, cuando siente que Dios la lleva a fundar en Palencia y en Burgos, quitándola los temores e indecisiones: «¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer estas dos fundaciones» (F 29,6).

En las hablas se le regala sentir la actuación salvífica de Dios en su vida, el protagonismo que va tomando, y por eso proclama: «Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio» (V 25,18). Las *hablas* realizan aquello que dicen («estotra que habla el Señor es palabras y obras», «sus palabras son obras», V 25,4.19), y *disponen al alma, la habilitan, enternecen, dan luz, regalo y quietud*²⁶. Dios mismo la asegura en una de las locuciones que es todopoderoso y que cumple cuanto promete: «De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido (y así se cumplió bien después)» (V 26,2). Descubre así cómo su Palabra llega con total «poderío y señorío», porque «es hablando y obrando» (6M 3,5) y «aunque mucho se resista, es por demás» (V 25,1). Es una «eficacia pasiva», es decir, prescinde del asentimiento del destinatario²⁷: «¿Quién es éste que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento?» (V 25,19). Pero también descubre en ellas la fidelidad y el amor infinito de Dios (V 25,7).

²³ Cf. M. HERRÁIZ, *La Palabra de Dios en la vida*, 31.

²⁴ Cf. J. A. MARCOS, *Mística y subversiva*, 56-57.

²⁵ Cf. V 5,8; 13,3; 15,10; 23,15, etc.

²⁶ Esto es criterio de discernimiento, porque las palabras que fabrica el entendimiento son «como cosa sorda, fantaseada y no con la claridad que estotras» (cf. V 25,3).

²⁷ Cf. M. HERRÁIZ, *Introducción al Castillo interior*, Burgos 2001, 106.

A través de las hablas, Cristo se relaciona con Teresa como lo hizo con sus discípulos: le llama, le habla y la enseña, la fortalece, la reprende y la consuela, hasta que pueda ser realidad en ella la locución que recibe en la cumbre de su itinerario espiritual (en el matrimonio espiritual) y que narra de manera autobiográfica en la R 35 (tiene 57 años) y sobre la que cinco años después reflexiona en 7M 2,1: «ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas».

4.2. PALABRAS QUE FORTALECEN EN LA FE, ILUMINAN Y GUÍAN

Las locuciones la fortalecen en la fe (V 25,4.6.12-13), la iluminan, la ayudan y tienen efectos palpables en la vida («en un punto vi mi alma hecha otra», V 25,4.18), confirmándola en la experiencia espiritual que se le va regalando y a la que ella consiente. Dios quiere «que entendamos que se ha de hacer lo que quiere y se muestra señor verdadero de nosotros» (V 25,1). Son «la etiqueta de garantía que la afianzan definitivamente en el camino espiritual que ella ha emprendido».²⁸

La primera vez que en oración le vienen unas palabras del Señor: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles²⁹» (V 24,7), entiendo que tiene que cambiar de amistades y así sucede. Ella misma confiesa que a partir de ese momento no pudo tener amistad «sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir» (V 24,8). Es el momento de su «tercera conversión» y definitiva. Ese día se adentró en el desposorio (sextas moradas) y tiene un arrobamiento que la conmovió profundamente. El movimiento de su alma fue grande y muy en el espíritu (V 24,7). Cristo entró de lleno en su existencia, con toda autoridad y señorío; y en medio de la vida, con sus posibilidades y dificultades, fue capacitándola para que finalmente pudiera tomar posesión plena de ella (7M 2,1)³⁰. En su nueva vida en Cristo no le faltarán purificaciones, y las hablas la fortalecerán en sus capacidades para amar y vincularse con Cristo, como esposo y Señor. Todo su ser se centrará solo en Dios y, al mismo tiempo, se desarraigara de todo lo criado:

²⁸ J. A. MARCOS, *Mística y subversiva*, 57.

²⁹ Posiblemente hay una de la carta de Pablo a los Filipenses: «nuestra conversación sea en los cielos». Cf. T. ÁLVAREZ, *Comentarios al «Libro de la Vida» de Santa Teresa de Jesús*, Burgos 2009, 224.

³⁰ S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra*, 70.

«Estando en gran fatiga», alborotada, fatigada, y temerosa por si el demonio la estaba engañando, escucha: «No hayas miedo, hija que Yo soy y no te desampararé; no temas» (V 25,18), o cuando está afligida por haberle dicho su confesor y otros que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor oye: «Yo soy, no hayas miedo». (6M 3,5); o ante situaciones de grandísima pena, le llega «una voz muy suave, como metida en un silbo», y vio «que se había de hacer lo que pedía, y así fue que se me quitó del todo la pena en cosa que aún no era, como si lo viera hecho, como fue después» (V 39,3).

Ante la inquietud y el tormento que siente por las murmuraciones y juicios que sus gracias místicas (arrobamientos, en concreto) podían suscitar, recibe una palabra que la consuela y la anima: «No tengas pena, que o ellos han de alabarme a Mí, o murmurar de ti; y en cualquiera cosa de éstas ganas tú» (6M 4,16; cf. V 31,13). O estando temerosa ante sus visiones intelectuales, la palabra que recibe la confirma: «No hayas miedo, que yo soy» (6M 8,3). Cuando siente aflicción por estar profundamente endeudada con Dios y por no haberle servido como está obligada, siente la palabra del Crucificado: «El le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que los tuviese por propios, para ofrecer a su Padre» (6M 5,6; cf. CC 50). Al hablar del matrimonio espiritual, «se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir» (7M 2,1; cf. 3,1; CC 25).

4.3. EFECTOS DE LA PALABRA EN LA VIDA

Al recibir las hablas, Teresa queda con un *deseo grandísimo* «de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella» (6M 4,15). Los efectos que dejan en ella son claros y se repiten constantemente: sosiego, fortaleza, ánimo seguridad, quietud y luz, consuelo, alegre³¹. «Si son de reprehensión hacen temblar, y si son de amor, hacen deshacerse en amar» (V 25,6). Son tan fuertes estos efectos que las palabras quedan grabadas en su memoria y no las puede olvidar, pudiendo incluso traerlas al recuerdo, y sentirse de nuevo animada y consolada (6M 5,6).

³¹ V 25,18; 26,2; 39,3; 6M 3,5; 4,17; 5,6; 8,3.

Son efectos que recibe cuando lee y se para ante las palabras y obras del Señor en la Escritura y toma lo que el Señor diere a entender. Esto le «trae consuelo y deleite», gozo de las riquezas del Señor por este medio (MC 1,8). La experiencia mística de la Palabra –como otras experiencias de este tipo– le hace experimentar a Teresa un gran gozo. Cuando el Señor da a «entender secretos y grandezas suyas», se le regala «un deleite tan soberano que no se puede decir... que ello no se puede encarecer...» (V 38,2). No se puede decir ni casi comunicar, pero se siente muy hondamente. En ningún caso duda de que «pasa así»³². Teresa siente un «deleite» muy por encima de todos los que «acá se pueden entender», y que le lleva a «aborrer los deleites de la vida, que son basura todos juntos» (V 27,12). Los criterios de razonar, de sentir, de querer y actuar cambian radicalmente, fruto de esa experiencia de Dios que llena por completo el ser entero de quien recibe y acoge su amor sin medida.

Las hablas le dejan el deseo de «no hacer cosa que le desagradase [a Dios]» (6M 8,3), porque el alma ya es de Dios (6M 4,17) y cuando alcanza el matrimonio espiritual mira por las cosas de Dios y él por las suyas (7M 3,1) y solo busca todo aquello «que acreciente un punto la gloria y honra de Dios» (7M 3,1). Al mismo tiempo desea olvidarse de sí (7M 3,1).

5. ACOMPAÑAR CON LA ESCRITURA EL CAMINO DEL AMOR

El gusto por la Palabra no lo reservó solo para ella. Siente urgencia de comunicar la verdad de su experiencia, es decir, el conocimiento y la certeza interior que le brota de su encuentro amoroso con Dios, y animar a otros a beber en el pozo de la Escritura, porque en él se encontrarán con Cristo. Dios mismo la empuja a comunicar sus misericordias, la itinerancia por amor a la que se ha entregado con pasión. La apremia a comunicar sus experiencias místicas, los secretos que le da a entender, muchas veces con fuerte sabor bíblico, así como el deleite que experimenta: «Había una vez estado así más de una hora mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome: Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí; no dejes de decírselo» (V 38,3)³³.

³² Cf. V 19,1; 20,2.15.23; 31,12, etc.

³³ «Ese no dejes de decírselo, es quizás expresión de los deseos divinos, pero quizás es mucho más la expresión del deseo de nuestra autora por transmitir su propia experiencia, sus confesados anhelos por dejar por escrito y perpetuar así en la

Teresa escucha, acoge y se hace servidora de la Palabra, pero también se convierte en testigo y la comunica con pasión a sus monjas a través de sus propias experiencias. Teresa acompaña la vida en el Espíritu de sus carmelitas, compartiendo con ellas sus meditaciones y consideraciones sobre las palabras de la Escritura, como las que hace con el *Padrenuestro* o el *Cantar de los cantares*: «No digo que diré declaración de estas oraciones divinas (que) no me atrevería y hartas hay escritas; y que no las hubiera, sería disparate, sino consideración sobre las palabras del Paternóster» (C 21,4). Ahora bien, en realidad, podría decirse que toda la comunicación del camino en el Espíritu que ella ha realizado e invita a realizar, esta entrelazada con la Palabra. Vida y Escritura han sido amasadas en el fuego del amor de Dios y, de ahí, salen como Palabra que genera Vida en abundancia.

5.1. MOTIVACIÓN PARA COMPARTIR SU GUSTO POR LA PALABRA

La motivación para compartir es clara. Es el amor al Señor el que la empuja a dejarle (es decir, a dejar de saborear su amor) «porque [otros] ganen y se aprovechen», el deseo de «con la vida querer servir en algo a quien tanto ve que debe» (MC 7,5). De tal modo «habían rendido en su corazón las palabras del Señor» (MC 7,6)³⁴. Como la samaritana «con aquella borrachez divina dando gritos por las calles». Obrar de esta manera en el servicio de Dios –como de otras muchas–, es decir, «ver uno almas aprovechadas por medio suyo» es «uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra» (MC 7,6). Siente que el Señor la da a «entender algo del sentido de algunas palabras [el Padrenuestro]; y pareceme serán para consolación de las hermanas que nuestro Señor lleva para este camino, y aun para la mía» (MC prol. 2). Y expresa con claridad lo que la mueve: «Lo que pretendo es, que así como yo me regalo en lo que el Señor me da a entender cuando algo de ellos oigo, que decíroslo por ventura os consolará como a mí» (MC 1,8).

memoria una experiencia, la suya, que considera a todas luces valiosa». J. A. MARCOS, *Mística y subversiva*, 59.

³⁴ «¡Oh, Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos...» (E 2,2).

Teresa se siente regalada de tal manera («comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo») que no desea sino repartir lo recibido con otros y suplica a Dios no sea ella sola la rica. Y así comienza «a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegar a ellas. Entienden que tiene virtudes y ven la fruta que es codiciosa. Querríanle ayudar a comer» (V 29,3). El testimonio de la vida fortalece su credibilidad.

A Teresa no le interesa especialmente acertar en lo que escribe (quizá también una estrategia retórica), pero sí confiesa que compartir lo que por gracia ha comprendido la consuela («consuélame, como a hijas mías, deciros mis meditaciones», MC 1,8) y que lo hace «con el favor de este divino Rey mío y con licencia del que me confiesa». El deseo de ser comprendida y darse a entender la lleva a invocar a Dios, a quien quiere como aliado en la difícil tarea de comunicar sus experiencias («Plega a Él, que como ha querido atine en otras cosas que os he dicho (o Su Majestad por mí quizá por ser para vosotras), atine en éstas»). Dios es el mejor garante de sus comunicaciones, algo que queda especialmente patente en las hablas; a la vez que Teresa deja de manifiesto que su acompañamiento espiritual –como su propia experiencia– se entiende solo en el marco de la Iglesia.

5.2. ACOMPAÑAR ALLEGADA AL MAESTRO DE LA SABIDURÍA

La vinculación y la proximidad, por tanto, con Cristo, el verdadero maestro, abrirá para Teresa el sentido profundo de la Escritura: «Allegada, pues, a este Maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideración que os contente» (C 22,4). Él es para ella «Sabiduría eterna», «buen Enseñador» (C 37,5). Con la ayuda de Dios, Teresa bebe de la Escritura queriendo llegar a captar con su inteligencia el sentido y el mensaje que encierran, su importancia en la vida de fe, y sobre todo queriendo personalizarlas, encarnándolas en la propia vida y animando a que otras personas así lo entiendan y vivan³⁵.

Comunica en sus reflexiones cómo las palabras que Dios enseña son una muestra de su amor y con ellas «gusta de que le contente [al

³⁵ Cf. M. IZQUIERDO, *Teresa de Jesús, una aventura interior. Estudio de un símbolo*, Ávila 1993, 118.

discípulo/a] lo que le enseña» (C 21,4). Él regala su enseñanza, sus misterios, cuando quiere y lo hace «sin trabajo nuestro». Y Teresa invita a «con llaneza tomar lo que el Señor nos diere; y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos de considerar qué tan gran Dios y Señor tenemos que una palabra suya tendrá en sí mil misterios, y así su principio no entendemos nosotras» (MC 1,2). Ella es mediación, y contando siempre con su Gracia, invita a entrar en el amor a partir de las consideraciones que hagan, y dejándose guiar por el Espíritu. Es firme la convicción que transmite: la Palabra las alimentará y avivará el amor hacia el Señor.

El verdadero acompañante es *el Señor, que le da a entender lo que se encierra en palabras de las que su alma gusta para este camino de la oración* (cf. MC prol. 3); «muchas cosas de las que escribo me las decía este mi maestro celestial» (V 22,9; 39,8). Su magisterio espiritual está enraizado en su experiencia mística. Teresa no ofrece discursos teóricos, sino palabras que le han sido regaladas por Dios mismo, palabras que ha penetrado y aprehendido, gustado y visto «con los ojos del alma» que ven mucho mejor que los del cuerpo (cf. 6M 5,7)³⁶.

Al comentar para sus monjas el Padrenuestro, Teresa reitera su convicción de que Dios es quien le *ha dado a entender* «lo mucho que pedimos cuando decimos esta oración evangelical», consciente de la hondura que encierran estas palabras y que, sin su ayuda, no hubiera podido penetrar en los «grandes secretos» que en ella se encierran (C 42,5). Palabras que avivan su amor hacia Dios, las «fontecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento la arena hacia arriba» deseando que otros beban de ese amor de Dios y ayudarla así a alabar a Dios: «querría bebiesen los otros, pues a ella no le hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios» (V 30,19).

Por ello exhorta a permanecer al lado del buen maestro que ha de enseñar cómo ser discípula, dejando resonar en el corazón el Padrenuestro: «Pues juntas cabe vuestro Maestro, muy determinadas a aprender lo que os enseña, y Su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni dejaros si no lo dejáis. Mirad las palabras que os dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el gran amor que os tiene; que no es poco bien y regalo para el discípulo ver que el maestro

³⁶ «Ver con los ojos del alma» es la expresión teresiana que expresa su conocimiento infuso y profundísimo de Dios. Cf. M. IZQUIERDO, *Teresa de Jesús. Con los pies descalzos*, Madrid 2006, 57.

le ama» (CE 43,4). El es el verdadero acompañante, aquel que desvelará para ellas las Palabras de vida contenidas en la Escritura.

A medida que sus comunicaciones espirituales se adentran en el campo de la experiencia mística, le será más difícil darse a entender y necesita pedir más la ayuda del Espíritu, repetir que es su Majestad quien *quiere darlo a entender* (MC 1,2), y que solo Él es quien enseña.

Al mismo tiempo, Teresa no quiere «*devociones a bobas*» (V 13,16) y se preocupará igualmente de que sus monjas comprendan con su inteligencia lo que rezan o lo que la Escritura dice: «Acá querría yo, hijas, no nos contentemos con eso; porque cuando digo «credo» razón me parece será, y aun obligación, que sepa lo que creo; cuando digo «Padre», amor me parece será entender quién es este padre. Pues también será bien que veamos quién es el maestro que nos enseña esta oración» (CE 40,1).

5.3. COMUNICAR CON PASIÓN EN UN AMBIENTE QUE RECELA DE LAS MUJERES

Al comunicar su propia experiencia –experiencia de Dios y de ella misma en clave existencial y teologal profundamente entrelazadas–, y al ofrecer su constante búsqueda de Dios entretejida constantemente con la Palabra de Dios, Teresa ayuda a sus monjas primero, y a todos cuantos leemos sus obras, a buscar también a Dios dejándose encontrar por él en la Palabra meditada, rezada, acogida y vivida, y a consentir en ser transformados en Cristo por su Gracia.

Y lo hace con pasión, en un modo que atrae y persuade a adentrarse por los derroteros de la vida en el Espíritu. Al compartir quiere que «todos la viesan [el alma] y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen a ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar». Lo explica con dos modelos bíblicos, la mujer que halla la moneda perdida y David que tañe y canta con su arpa: «paréceme que es como la que dice el Evangelio que quería llamar o llamaba a sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía y cantaba con el arpa en alabanzas de Dios» (V 16,3). Teresa comunica con pasión que la Escritura, y de manera muy singular los evangelios son la fuente de agua viva donde ella sacia su sed. Refiriéndose al Padrenuestro dirá que «encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darla abundantemente a beber de la fuente de agua viva que dije estaba al fin del camino (C 21,4).

Como en otras facetas de su magisterio espiritual, también en este de acompañar, haciendo de partera en el Espíritu para sus monjas en primer lugar, y para quien la pudiera leer, Teresa puede resultar subversiva en un ambiente que recela de las mujeres –y más si son espirituales y ávidas lectoras– y no reconoce su valía y aptitudes. De ahí que en sus obras predominen las estrategias retóricas para ganarse la aprobación de sus censores y poder así lograr su objetivo: comunicar su experiencia y hacer bien a otros. En las referencias a su modo de comprender la Escritura, su afán comunicativo se muestra en ocasiones implorando a Dios que acierte en aquello que explica: «Si algo acertare, no será de mí. Plega a la divina Majestad acierte» (MC prol. 3)³⁷. No será el único recurso que utilice para darse a entender y hacer partícipes a sus lectores/as del bien que ella ya ha probado y gustado en la Palabra. Como en muchos otros pasajes de sus obras atrae la atención y la buena disposición apelando a su ignorancia o a una falsa modestia que busca predisponer favorablemente al receptor de sus obras³⁸. Así lo hace en las Meditaciones sobre el Cantar: «Parecerá demasiada soberbia la mía, siendo esto así, quereros yo declarar algo; y no es mi intento, por poco humilde que soy, pensar que atinaré a la verdad». Y junto a esta declaración afirmará su libertad para expresar lo que quiere: «Y si no fuere a propósito de lo que quiere decir, tómololo yo a mi propósito», «licencia nos da el Señor –a lo que pienso–», afirmando eso sí que en nada se sale de lo mandado por la Iglesia: «que no saliendo de lo que tiene la Iglesia y los santos (que para esto, primero lo examinarán bien letrados que lo entiendan, que los veáis vosotras)» (MC 1,8).

Pero en esta manera de comunicar Teresa deja transparentar, además, una verdad muy profunda, esencial en el camino espiritual que ella misma ha recorrido y al que mistagógicamente va introduciendo a otros: su grandeza está en olvidarse de sí misma, su sabiduría en dejar que Otro se haga Palabra en ella³⁹.

³⁷ Así lo hará en muchas otras ocasiones en que quiere comunicar su experiencia utilizando hábilmente la autoridad de Dios como fuente de su inspiración y argumento incontestable de lo que siente, entiende y comunica: por ejemplo, en V 15,22; 22,1, etc. Cf. J. A. MARCOS, *Teresa de Jesús*, 249.

³⁸ Véase un amplio estudio de esta faceta en Santa Teresa en: J. A. MARCOS, *Mística y subversiva*, 33-38.

³⁹ «Y las aparentes e intencionadas concesiones del me parece contribuirán, paradójicamente, a reforzar aún más, si cabe, las aseveraciones del tengo por muy cierto. Y unas con otras irán entretejiendo la “memoria de un yo que se enciende y

Teresa sabe bien por experiencia que la Palabra y el hablar sobre ella son mediaciones para que Dios despierte y avive en la persona esa sed que no ha de calmarse hasta quedar transformada en Cristo. Recuerda bien cuando María de Briceño le compartía cómo se había hecho monja al escuchar una palabra del Evangelio: «Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el evangelio: Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por El» (V 3,1). Y Teresa experimenta cómo sus deseos antiguos se cambian y se orienta hacia «las cosas eternas» (V 3,1). Y recuerda igualmente el bien que le hizo leer por sí misma y escuchar de su tío don Pedro Sánchez de Cepeda las palabras de la Escritura: «Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña» (V 3,5).

Con todo sabe bien Teresa por propia experiencia que las Palabras de la Escritura solo desvelan su secreto a quienes *desean* y *prueban* el Amor del Señor y, por eso, exhorta a sus monjas a creer en el Señor, porque si no es así de poco sirven sus explicaciones: «Los que esto no han probado, no me maravillo quieran seguridad de algún interés. Pues ya sabéis que es ciento por uno, aun en esta vida, y que dice el Señor: «Pedid y daros han». Si no creéis a Su Majestad en las partes de su Evangelio que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza a decirlo. Todavía digo que a quien tuviere alguna duda, que poco se pierde en probarlo; que eso tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertaremos a desear. Esto es sin falta, yo lo sé. Y a las de vosotras que lo sabéis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos» (C 23,6).

Cuánto más abrasadas en amor de Dios («amor que la desatina», MC 1,10), más deseo de decir las palabras descubiertas en la Escritura, que la llenan de amor (p.e. la frase del Cantar: «Béseme con beso de su boca»). Teresa misma se asombra de que así se pueda dirigir la criatura a su Criador, siendo como es «gusano». Sin embargo, lejos de quedarse ahí, afirmará «¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos habéis enseñado!». Teresa da rienda a su experiencia de amor pleno con el

apaga para poder brillar de nuevo con resplandor más amplio y luminoso; memoria surgida de la experiencia de un yo cuyo camino espiritual se hace más profundo y elevado cuanto más se olvida de sí mismo". J. A. MARCOS, *Mística y subversiva*, 51, citando a A. LARA, *A memoria de mí*: Versants 8 (1985) 29.

Señor, y siente que nada de ello pudiera expresar sino es porque él la ha enseñado de tantas maneras y la ha dado licencia para hacerlo. De otro modo es «cosa que espanta, y así espantará decir yo que la diga nadie» (MC 1,10).

Al compartir su experiencia de Dios entreverada con la Palabra, Teresa abre el camino para un discipulado en comunión que se fortalece en la narración de cómo Dios va alcanzándola y la va seduciendo, que se vigoriza en las luces y en la confrontación que recibe de su Palabra. En el fondo de su obra late una afirmación: la comunidad se recrea y repunta con vitalidad y significatividad cuando junta se pone a la escucha de la palabra de Dios y la cumple (cf. Lc 8,21).

6. LA ESCRITURA NUTRE LA ORACIÓN Y EL ITINERARIO HACIA DIOS

La Escritura es para Teresa buena compañera en todo el itinerario personal hacia Dios y en el camino de oración. En esta conversación con Teresa podemos preguntarle: ¿Cómo acompaña la Biblia todo este camino? ¿Cómo se nutre la oración de la Palabra de Dios? Y ¿cómo el encuentro amoroso con Cristo adentra a quien ora en los misterios de la Escritura? ¿Cuál fue su propia experiencia? Su tarea mistagógica en este sentido parte de su propia experiencia. De ahí que en esta parte sigamos su itinerario de oración acompañado e iluminado en el encuentro con la Palabra de Dios. En estrecha conexión con su experiencia, accedemos a sus convicciones, a su propia doctrina sobre el modo como la Escritura nutre la oración y el itinerario espiritual.

6.1. PRIMEROS ENCUENTROS: LAS PALABRAS DE DIOS SON BUENA COMPAÑÍA

En su *Autobiografía* trae a la memoria, algunos de sus primeros encuentros con la Palabra, que le fueron especialmente significativos y de gran ayuda. A través de la Palabra que le llega mediada en la narración de María de Briceño, se va encontrando con el Señor que la volverá a él: «comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas» (V 3,1). Será él *quien la fuerce para que se hiciese fuerza* (V 3,4): «con la fuerza que hacían en mí corazón las palabras de Dios, así leídas

como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña» (V 3,5). Dios la habla en la Escritura, la re-orienta hacia él y la fortalece: «ya sé a lo que llega mi fortaleza en no me la estando vos dando siempre» (V 6,9).

La Palabra que procurará *traer presente y representar* en su interior repetidamente irá llevándola también poco a poco de una oración más ascética a otra mística, de unión completa con él. En su encuentro con la Palabra comienza un diálogo con Cristo en el que entran en juego la memoria, el entendimiento hasta donde ella puede⁴⁰ y también la voluntad. Y ese diálogo lleva a Teresa –y al orante en estos primeros estadios– a determinarse a seguir tras Jesús, pero siempre la humildad delante, «para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras!» (V 13,3). Incluso la oración vocal, y de manera particular el rezo del Padrenuestro, puede llevar a intensos momentos de oración, e incluso de encuentro contemplativo con el Señor (C 23,2; 25,1).

En todo este proceso la Biblia será camino y guía, y ella pondrá mucho de su parte para que esto sea así en las primeras etapas de su vida espiritual. En ocasiones, las situaciones de la vida la llevarán a la Palabra y, en otras, ésta la conducirá a ver los acontecimientos y sus propias vivencias con los ojos de Dios. No son muy abundantes las citas que encontramos en su obra de esta etapa, porque en Teresa predomina su experiencia mística de la Palabra. Podemos ver algunos ejemplos anteriores a su conversión, referidos, no obstante, con la luz de quien ya goza de una unión plena con Dios⁴¹.

Al narrar su enfermedad poco después de entrar en el convento de la Encarnación y cuando había comenzado a tener oración, Teresa recuerda cuánto la ayudó pensar algunos pasajes sobre la historia de Job que leyó en los *Morales* de San Gregorio: «Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?» (V 5,8; cf. Job 2,10). La expresión teresiana refleja su esfuerzo e iniciativa. Ese pasaje pensado una y otra vez, repetido de ordinario, le trajo mucho provecho y se tradujo para ella en una virtud muy necesaria en la situación de sufrimiento que atravesaba: la paciencia. El encuentro con esa Palabra fue

⁴⁰ «Porque ella no podía meditar y porque para quienes pueden hacerlo sabe que «hay tantos libros escritos y tan buenos» (C 19,1), no se ha detenido en el estudio de la meditación». Cf. M. HERRÁIZ, *La oración, historia de amistad*, Madrid 2003⁶, 156.

⁴¹ Cf. R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, 71-72.

transformador, obra de Dios y no de ella: «la paciencia que Su Majestad me dio, que se veía claro venir de Él». Las palabras de Job la ayudan a transitar por el dolor y el sufrimiento ahondando progresivamente en acoger a Dios como Señor de la vida, a la vez que la adentran en una sabiduría que la excede pero a la que quiere aprender a consentir.

En otra situación en la que sufre que Francisco de Salcedo y Gaspar Daza califiquen sus experiencias espirituales de demonio, Teresa dice que leyó un libro «que parece que el Señor me lo puso en las manos, que decía San Pablo que *era Dios muy fiel, que nunca los que le amaban consentía ser del demonio engañados*» (V 23,15; cf. 1Cor 10,13). El encuentro con esta palabra, la memoria de la fidelidad de Dios, le trajo mucho consuelo («muy mucho»), y será tan fuerte el impacto que sobre ella causa esta palabra de Dios que resonará en ella en otros muchos momentos, hasta llegar a convertirse en una experiencia sobrenatural⁴².

Desde muy niña, confiesa Teresa, que era muy aficionada al «evangelio de la Samaritana», e identificándose con ella, «suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua y la tenía dibujada adonde estaba siempre, con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*» (V 30,19). Este encuentro de la mujer de Samaría con Jesús dejó honda huella en ella, y volverá muchas veces a lo largo de su vida sobre él⁴³, sintiendo cómo la ilumina y la guía en la andadura del Espíritu, en su sed de Cristo que sólo él puede saciar (6M 11,5).

Entre las palabras que se le quedaron bien grabadas recuerda una de Proverbios: «mi delicia es estar con los hijos de los hombres» (Prov 15,31). Esta palabra impactó y consoló grandemente a Teresa, según su propio testimonio, «aun cuando era muy perdida» (V 14,10). Como con otras palabras, símbolos, personajes de la Escritura, ésta también llegó a convertirse en una experiencia sobrenatural mística (V 35,12). Recordamos especialmente el pasaje de Exclamaciones (7,1), en el que expresa cuánto se alegra su alma al saborear que Dios se deleita en el ser

⁴² Así en: C 19,13; 38,4; 40,3; 6M 1,6; 3,17; 8,7-8; CC 44,2; Cta. 138,14 (2.11.1576); Cta. 274,2 (31.1.1579); Cta. 324,3 (10.4.1580). Puede verse una alusión clara a él en V 25,17.20 y en V 12,7 y 34,12 y se puede entender de él: Dios da los trabajos con piedad, F 24,11. R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, 74.

⁴³ Referencias sobre la samaritana: V 30,19; C 19,2; 6M 11,5; MC 7,6; F 31,46; Vej 6. Las referencias al «agua viva» son también muchas: V 11-21; C 19; 20; 28,5; 1M 2,2; 4M 2,2-4; 6M 5,3; 11,5; 7M 2,4-6; 3,13; E 13,4. Cf. R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, 75.

humano, y siente en ello la grandísima misericordia que Dios nos tiene por ello, sin poderlo merecer.

La Escritura le proporcionó también desde los inicios algunos modelos para determinarse a dar pasos en la vida en el Espíritu, con la ayuda siempre de la gracia. Teresa menciona dos que le ayudaron y que le vienen a la memoria y piensa muchas veces: Pablo, quien está convencido de que todo se puede en Dios, y Pedro, que se arrojó al mar aunque después temiera (V 13,3). La misma Samaritana es icono para ella de esa sed de Dios, de esa búsqueda del agua viva que solo Cristo puede saciar.

Pero, de manera particular, son los hechos de la vida de Jesús, y singularmente su pasión, muerte y resurrección, los que desde muy pronto comienza a pensar en ellos, iniciándose en la oración. Antes de ser monja –recuerda– solía pensar cada noche un poco en la oración del huerto antes de acostarse. Reconoce cuanto la ayudó esto («por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir», V 9,4).

Su oración comienza ya desde el principio a ser cristológica, aunque todavía tendrá mucho que purificar la imagen de Dios. Las motivaciones están lejos de ese deseo de vivir completamente unida a él. Por ahora confiesa que solo buscaba el perdón de sus pecados («me dijeron se ganaban muchos perdones»). Este gusto por los misterios de Cristo es una constante en su vida, y así lo constata a finales de 1575 o principios de 1576 en una cuenta de conciencia dirigida al padre Rodrigo Álvarez, jesuita: «Esta monja ha cuarenta años que tomó el hábito y desde el primero comenzó a pensar en la Pasión de nuestro Señor por los misterios y en sus pecados» (CC 53,1). También la liturgia le habría ofrecido la posibilidad de meditar sobre los misterios de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Convencida como está de la importancia de no dejar nunca de partir de la Humanidad de Cristo, Teresa propondrá seguir deteniéndose y traerlos presentes, especialmente «cuando los celebra la Iglesia católica», es decir, en los diferentes tiempos litúrgicos (6M 7,11).

6.2. MEDITAR LA PALABRA CON TEMPLE CONTEMPLATIVO

Teresa está convencida que la meditación de la Escritura y especialmente la encarnación, la vida pública de Jesús y su misterio pascual, forman parte de la búsqueda de Dios en el primer grado de oración, como

explica en Vida 11-13, y muy necesaria en las segundas moradas. Ella misma lo ha vivido, a veces será recordando o trayendo presentes pasajes concretos, otras serán las imágenes que centrarán su pensamiento, y que bien podemos pensar que se entrelazaron con los recuerdos de algunas escenas bíblicas (por ejemplo, Cristo en la columna). La imagen la remite a la Escritura y ésta le ayuda a mirar y a comprender.

Hablando de los comienzos de la vida de oración, Teresa constata que hay «entendimientos concertados y almas que están ejercitadas y pueden estar consigo mismas» meditando en la vida de Cristo y su Pasión, o sobre el juicio y el infierno, «con excelente doctrina y concierto para principio y fin de la oración» (C 19,1). Aunque reconoce que meditar sobre el infierno, la muerte, etc. es «admirable modo de proceder», insiste en *no dejar* «muchas veces la Pasión y vida de Cristo, de donde nos ha venido y viene todo el bien» (V 13,12).

De ahí que a quienes dan sus primeros pasos en la oración mental les aconseja: «ponémonos a pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señor a la columna: anda el entendimiento buscando las causas que allí da a entender, los dolores grandes y pena que Su Majestad tendría en aquella soledad y otras muchas cosas que, si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí. ¡Oh que si es letrado!... Es el modo de oración en que han de comenzar y demediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales» (V 13,13). La meditación de la Escritura abre el paso a la oración, pero desde luego no es la finalidad de la misma, que es saciarse con el agua viva. Y así no duda en afirmar que «los gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la tierra; no lo beben junto a la fuente; nunca falta en este camino cosas lodosas en que se detengan, y no va tan puro ni tan limpio». De ahí que continuará diciendo: «No llamo yo esta oración –que, como digo, va discurriendo con el entendimiento– “agua viva”, conforme a mi entender, digo; porque, por mucho que queramos hacer, siempre se pega a nuestra alma, ayudada de este nuestro cuerpo y bajo natural, algo de camino de lo que no querríamos» (C 19,6).

Esta manera de orar con la Palabra –meditación de la vida y muerte de Jesús– tiene que ir dejando paso, acallado el entendimiento, a una palabra afectiva, a la mirada envolvente, al diálogo con Cristo: «ocuparle [el entendimiento] en que mire que le mira, y le acompañe y hable y pida y se humille y regale con El, y acuerde que no merecía estar allí» (V 13,11.22). Esa es su propia experiencia, una vez que él Señor la gana

para sí y ella osa determinarse a hacerlo, dejando que fluya el amor hacia Cristo. Porque antes de que esto suceda, ella ha experimentado que si bien le gustaba estar con Cristo en la oración del Huerto, y acompañarle y pensar «en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía», no se determinaba a amarle. El amor se le despertaba, en efecto: «deseaba limpiarle aquel penoso sudor», pero al mismo tiempo, reconoce que no se determinaba a hacerlo al ver sus grandes pecados (V 9,4).

Por ello, como buena mistagoga, advierte que a quienes oran meditando la Escritura –o cualquier otro tema– no se les puede ir el tiempo en esto, «porque, aunque es muy meritorio, no les parece –como es oración sabrosa– que ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar» (V 13,11). El entendimiento ha de estar en función de que la voluntad obre desplegando el amor⁴⁴.

6.3. TRAER A CRISTO DENTRO DE SÍ

La lectura del *Tercer abecedario* introdujo a Teresa en la oración de recogimiento (C 28-29), y en la que se ejercita antes de llegar a una oración de talante místico o sobrenatural. Ella misma se referirá a esta manera de rezar, o al menos lo que intenta hacer, porque confiesa sus dificultades: «Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior»; aunque confiesa cuánto la costaba y como gastaba más tiempo en «leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí –como lo procuraba traer– la Humanidad del Señor, nunca acababa» (V 4,8).

Teresa no dejará de invitar a hacer presentes los misterios de Cristo, pero insistirá en que sea dentro de sí. En la oración de recogimiento, enseñará, «recoge el alma todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios» (C 28,4). En ese espacio interior, «metida consigo misma», puede ejercitarse en «pensar en la pasión y representar allí al Hijo y ofrecerle al Padre y no cansar el entendimiento, andándole buscando en el monte Calvario y al huerto y a la columna» (C 28,4). A través de esos momentos

⁴⁴ Cf. A. DE LA MADRE DE DIOS, *Vista panorámica de la vida espiritual según Santa Teresa de Jesús*: RevEspir 22 (1963) 595.

de la vida de Jesús, Teresa invita a recrear de manera imaginaria y afectiva la presencia de Cristo como interlocutor con quien dialoga, sintiéndole muy cerca. Es necesario apuntar siempre, no obstante, al vínculo afectivo con Cristo, poniendo toda la determinación en ello, y aprendiendo poco a poco a avivar el amor. Si bien en esta fase (recogimiento activo) la actividad del yo es intensa, Teresa es bien consciente –y lo sabe bien por experiencia– de que sin el favor de Dios nada podemos (C 29,4).

La meditación sobre la vida de Cristo, y de modo especial sobre su pasión y su muerte, han de llevar a mirar a Cristo y a dejarse mirar por él (C 26,3) fortaleciendo el vínculo de amor que invita a compenetrarse con él⁴⁵. Todavía hay discurso, pero va ganando terreno la contemplación con adhesión sencilla de la voluntad⁴⁶. Es lo que describirá en las terceras moradas donde el orante, que ha meditado en los misterios de Cristo, siente la necesidad de encontrarse con Cristo en lo profundo de sí mismo y desea determinarse a seguirlo. La voluntad de seguir amando, a Dios y al prójimo, se hace fuerte⁴⁷. Otras referencias bíblicas fortalecerán la decisión de *dar un paso más* «para que del todo posea el Señor el alma» (3M 1.5). Y así algunos iconos bíblicos afianzarán esa determinación: Tomás el apóstol que, con decisión y valentía, quiere morir con Cristo; David y Salomón, quienes, aunque justos, pecaron; el joven rico, contra-ejemplo, ya que se echa para atrás ante las exigencias del seguimiento.

En estas moradas, las personas se emplean –dirá Teresa– «en discurrir con el entendimiento y en meditación; y van bien, porque no se les ha dado más» (4M 1,6). Esta meditación traerá «contentos», que sin duda Dios regala, pero que llegan fruto de la colaboración activa en la meditación continuada de la Escritura, dejando que el amor crezca y la voluntad se determine a seguir a Cristo, practicando las virtudes, etc. No obstante, Teresa avisa que «estén con gran aviso cuando el Señor les diere estotro [gustos] no lo dejar por acabar la meditación que se tiene de costumbre» (4M 1,6).

Aunque estas moradas todavía están en el camino ascético, Teresa subraya con mucha fuerza e insistencia que es el momento de dejar que sea Dios el protagonista único de la propia vida. E invitará con

⁴⁵ «En la oración contemplativa de recogimiento activo, se da mirada contemplativa con efectos o adhesión sencilla de voluntad». Cf. A. DE LA MADRE DE DIOS, *Vista panorámica de la vida espiritual*, 596.

⁴⁶ Cf. Ib.

⁴⁷ Cf. A. MAS, *Acercar el cielo*, 96.

insistencia: «Entrad, entrad... en lo interior» (3M 1.6). De ahí que para ella el único camino posible para crecer en la unión con Cristo es dejarse conducir por su amor, rendir la propia voluntad a la suya y morir con él («muramos con Vos», como dijo Tomás; cf. Jn 11,16; 3M 1,2). Es el momento de *dar un paso más en el amor*, de que *el amor saque de razón (atreverse a volar, 3M 2.12)*. Y así, de la meditación, dirá Teresa, es necesario ejercitarse «en ocuparse un rato en hacer actos y en alabanzas de Dios y holgarse de su bondad y que sea el que es, y en desear su honra y gloria. Esto como pudiere, porque despierta mucho la voluntad» (4M 1,6). Dejar de razonar para alabar a Dios, dejan de trabajar con el entendimiento para alegrarse («holgarse») de su amor, avivar el deseo de Él y de su honra y gloria. Dejar de discurrir para ejercitarse en la mirada recibida, para acompañar a Jesús y hablar con él, para pedirle, humillarse y regalarse con él (V 13,22).

6.4. DEJARSE EN LOS BRAZOS DEL AMOR

Al adentrarse en las cuartas moradas (transición hacia la experiencia mística), el entendimiento deja de discurrir como antes. Teresa penetrará los misterios de la Escritura adentrándose en una oración de recogimiento infuso o pasivo e irá caminando progresivamente por los caminos de la contemplación. Comienza a abrirse a una *pasividad activa*: «dejarse a sí en los brazos del amor» (4M 3,8). Es Dios quien regalándose como amor desbordante la conduce y la va adentrando en «sus maneras», y la lleva a gustar de él (4M 2,2-4). El cambio que acontece es cualitativo: del «hacer» al «recibir», del «esfuerzo» al «saberse regalada», de la meditación (oración discursiva, activa, ascética) a la contemplación (no discursiva, pasiva, infusa). No obstante, las cuartas moradas, son de «transición», y, por lo tanto, se dan unas cosas y otras, aunque se va verificando ya el cambio.

A partir de la meditación de los misterios de Cristo, sobreviene un regalo inesperado de Dios: un recogimiento sobrenatural (infuso) (4M 3,1), al escuchar el silbo del pastor (4M 3,2). No es necesario, ni conveniente, dejar de meditar los misterios de Cristo. Pero aquí el entendimiento cesa y Dios «da una luz en el conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar y queda muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias para echarle más a perder» (4M 3,8). Atajar el entendimiento, dirá la santa, «mas no el suspenderle, ni el pensamiento, sino que es bien que

se acuerde que está delante de Dios y quién es este Dios», y dejar que el amor brote y se exprese. Con la oración de recogimiento «no se ha de dejar la meditación ni la obra del entendimiento» (4M 3,8), «no se pierde ningún sentido ni potencia» (CC 54,3).

Lo importante es emplear los sentidos y potencias en Dios, dejarse en los brazos del amor y recibir lo que el Señor quiere enseñar. También en esta etapa, cuartas moradas, la Palabra sigue siendo alimento que nutre, porque el amor que ha entrado ya como parte insustituible en la relación con Dios, aviva el deseo de configurarse con Cristo. Habrá más silencio, menos palabras, pero el amor pide seguir conociendo al amado para ser uno con él. Estamos ya en los umbrales de la vida mística, donde el protagonismo de Dios se va haciendo cada vez más intenso. En esta oración de quietud que regala el Señor, le recuerda a Teresa al anciano Simeón (C 31,2), profeta y contemplativo, que identifica a Cristo en medio de la multitud. El Niño le facilitó que le reconociera y así le abrió el camino de la paz y la esperanza. Y en este «ponerla el Señor con su presencia» (C 31,2), le parece que es como la experiencia del Tabor que hace exclamar a los discípulos: Señor, hagamos aquí tres moradas» (C 31,3), y le hace recibirla «no con muchas palabras, sino con un alzar los ojos con el publicano (C 31,6).

6.5. ENCUENTRO MÍSTICO CON LA PALABRA

La conversión de Teresa en 1554 ante una imagen de un Cristo muy llagado «que en mirándola toda me turbo» (V 9), marca un antes y un después en su vida. Cuenta entre 39 y 40 años, cuando deja atrás toda la lucha ascética y se adentra en la vida mística, poniendo toda la confianza en Dios. En el mismo oratorio había interiorizado «muy muchas veces», «en especial cuando comulgaba» la conversión de la Magdalena, y como ella, se ponía a los pies de Jesús «pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas» (V 9,2). Pero ahora reconoce que la aprovechó más porque «ponía toda mi confianza en Dios»: «Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (V 9,3). A partir de entonces, «fueron creciendo las mercedes espirituales» (V 9,9) y Dios toma un protagonismo cada vez más decisivo en su vida.

En toda la vida mística no dejará del todo la reflexión y la meditación de la Palabra porque «será imposible que la voluntad pueda mantenerse

permanentemente en acto de amor, «encendida» (6M 7,7). Labor del entendimiento será simplemente ayudarla a despertar y provocarla a amar⁴⁸.

Teresa experimenta una nueva presencia de Dios en ella: el Señor pasa de estar *cabe ella*, a estar *con ella* y finalmente puede representarlo como viviente *en ella*⁴⁹. Este regalo con el que comienza a tener experiencia mística le acontece cuando se representa cabe Cristo y otras veces leyendo, plausiblemente pasajes de la Escritura: «...acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en El». Experiencia mística que describe así: «Suspende el alma de suerte, que toda parecía estar fuera de sí: ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, a mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende, porque quiere Dios entienda que de aquello que Su Majestad le representa ninguna cosa entiende» (V 10,1).

El rezo de las oraciones, como el Padrenuestro (CE 41,1), la escucha o lectura de la Escritura (también otras meditaciones) sigue recogiénola, centrándola toda en Dios y moviéndola a amar y dejarse amar, dejando que sea Él quien tome el protagonismo absoluto. Al comenzar a narrar su conversión, nos dejará ver cómo partió en su oración de alguna consideración y que llegado un momento se inflama más su alma («era tanto el deleite») hasta llegar a tener un «arrebataimiento de espíritu» (V 40,1).

Y refiriéndose más en concreto a palabras de la Escritura, lo expresa, por ejemplo, de los *Cantares de Salomón*, «que sin entender la claridad del latín en romance, me recogía más y movía mi alma que los libros muy devotos que entiendo; y esto es casi ordinario, y aunque me declaraban el romance, tampoco le entendía más» (MC prol. 1). Son palabras de *las que su alma gusta para la oración* (MC prol. 1)⁵⁰. Palabras que la penetran hondamente y la unen a Cristo; palabras que ensanchan su

⁴⁸ Cf. M. HERRÁIZ, *La oración, historia de amistad*, 159.

⁴⁹ Fases de la interiorización de Jesucristo en Teresa. Cf. S. CASTRO, *Cristología teresiana*, 49.

⁵⁰ «La comunión de Teresa con este libro [el Cantar de los cantares] fue sorprendente y se puede tomar como modelo de lo que a ella le acontecía con las Sagradas Escrituras». Cf. S. CASTRO, *Configuración bíblica del relato teresiano*, 222.

corazón (cf. Sal 118,32) y en las que siente la iniciativa y el amor de Dios que la preceden, y la hacen gozar de la presencia de Aquel a quien ama (cf. 4M 4,5; MC 1.8). La Escritura, o el rezo del Paternoster –si se reza bien– puede llevar a alta contemplación, «contemplación perfecta» (C 25,1), es decir, a la experiencia de que Dios es quien «lo hace todo, que es obra suya sobre nuestro natural» (C 25,2). Es entonces cuando el mismo Señor da a entender como Maestro qué dice en las palabras de la Escritura (C 25,2). La comprensión de la Escritura se alcanza pasivamente y por pura gratuidad: «suspendiéndole el entendimiento (C 25,1) y «sin ruido de palabras» enseña, *no siendo un bien que se pueda merecer* (C 25,2).

A lo largo de toda su experiencia mística (oración de unión, desposorio espiritual y matrimonio espiritual) Teresa no dejará de encontrarse con Cristo a través de la Escritura. Sin embargo, su actividad deja paso al protagonismo de Dios. La voluntad está centrada en amar a Dios con el que se siente unida, y ya *no quiere servirse del trabajo del entendimiento como hacía antes*. Por eso, la persona ya no podrá buscar a Dios ejercitándose en «*meditar como antes*» (6M 7,7), es decir, no podrá discurrir con el entendimiento: «como la voluntad esté encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de estotra [el entendimiento] si pudiese» (6M 7,10), aunque «es admirable y muy meritoria oración» (6M 7,10).

Esto no significa que no pueda *pensar* en los pasajes de la Escritura, como por ejemplo en la pasión (6M 7,11). La voluntad sigue necesitando, sin embargo, de la labor del entendimiento para poder amar con más fuerza («para encender la voluntad»), y por ello, necesita «pensar», «representar» y «traer presentes» las Palabras de la Escritura y los misterios de la fe (esta será la forma más habitual en esta etapa del camino espiritual). Y esto solo «cuando no hay encendido el fuego que queda dicho en la voluntad ni se siente la presencia de Dios» (6M 7,9), porque «quiere el Señor que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos hasta que muramos» (6M 7,8). Pero, además, porque «no es tan ordinario el regalo en la oración que no haya tiempo para todo», es más, «tendríalo yo por sospechoso» a quien dijera «que *nunca puede* pensar/representar/traer presente a Jesús (6M 7,13). ¿En qué consiste este «pensar» o «representar»? La misma Teresa responderá: «mirar con una sencilla vista quién es [Jesús] y «cuán ingratos hemos sido». Así la persona entenderá «estos misterios por manera más perfecta» (6M 7,11). Luego acudirá la voluntad «aunque no sea con ternura» (6M 7,11).

Le brotarán las palabras o referencias de la Escritura y con ellas pondrá palabra a la unión plena con Dios que se regala cuando se alcanza la alta mística. Experiencias de «contemplación perfecta» que Dios da «a los que todo lo dejan por él», porque no es Dios «aceptador de personas» (Rom 2,11; Mt 22,16); a todos ama (V 27,11). El interés está puesto ya en buscar «contentar al amor» (6M 9,22), y para eso es preciso acoger la invitación del Señor a *beber el cáliz*, como hizo con los Zebedeos (6M 11,11).

UNA PALABRA FINAL

La historia entera de Teresa es la afirmación más elocuente de cómo la Palabra no vuelve de vacío, sino que empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar (cf. Is 55,10-11). Las palabras de la Escritura son «agua viva» que calma la sed y revelación del rostro de Dios en Jesús, «palabra viva» que se desvela y es eficaz cuando Teresa se adentra más y más en el amor del Señor.

El recorrido que hemos hecho por la obra teresiana, nos muestra cómo la Escritura ha ido llevando a Teresa hacia la unión amorosa con Dios. Con sus palabras expresa la honda experiencia de Dios que se le va regalando y a la que ella va consintiendo: «¡quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma!» (7M 3,13). La Palabra ilumina su existencia y todas sus experiencias espirituales, y éstas, a su vez, enriquecen la inteligencia de la Escritura. Y en todo este proceso Dios mismo es su Maestro y le desvela las Escrituras.

Dios mismo le revela el sentido de la Escritura, y ella se deja enseñar por quien le enseña con tanto amor y le da a gustar palabras que la guían y la conducen. En la Palabra escuchada, orada y acogida en obediencia, Teresa nutrió su unión con Dios, fortaleció los lazos de hermandad al compartir su comprensión de la Escritura y enseñar así a otros a gustar la Palabra y, finalmente, se sintió enviada a anunciar al Resucitado con la vida y la palabra.

